

tantes, su educación. Los fines de semana le enseñaba a tocar el piano.

Luego vino —no se porqué, quizá por efecto del maldito 'colegio'— esa insistencia por querer salir a la calle a jugar. No había manera de persuadirlo: mis relatos sobre los peligros que encierra jugar en la calle —los coches que pasan a toda velocidad; correr mucho agitándose, transpirando sin poder cambiarse de ropa enseguida—; y el riesgo constante, horroroso, de que lo secuestraran (siempre hay alguien que ofrece caramelos o que invita a dar una vuelta en un auto: el solo hecho de pensarlo me daba escalofríos), mis recomendaciones no lo convencían, y lo encaprichaban aún más. ¿Qué buscaba en la calle que no pudiera encontrar aquí dentro? Después de discutirlo mucho, le permití invitar, si quería a alguno de sus ex-compañeros del colegio a jugar a casa. No quedó del todo conforme, pero no tuvo más remedio que aceptar. Así fue como por un tiempo, mi casa fue frecuentada —de a uno por vez, eso sí— por pequeños monstruos que no respetaban a nada ni a nadie. Jorgito se entretenía, pero a mí eso terminó por cansarme, hasta que un día decidí acabar con esas influencias nocivas para él, no dejando que vinieran más. Él lloró, lloró y pataleó, pero yo sabía que se le iba a pasar. Para eso le compré una serie de juguetes nuevos. Pareció calmarse.

A pesar de todo, nunca lo pensé capaz de hacer lo que hizo. En ningún momento se me cruzó por la cabeza la posibilidad de una fuga. Y ya ve usted lo que pasó. Él no servía para vivir sólo en este mundo convulsionado. Necesitó siempre de alguien que lo ayudara, que lo guiara. Pero nunca dejó de ser el mismo cabeza dura. Ahora de nada valen los lamentos, y se lo digo yo, que tengo el alma destrozada.

Lo único que le pido, señor juez, es que no se enteren de nada mis malditos parientes. Y que haga lo posible para que yo me lo pueda traer a casa: el jardín es lo bastante grande como para albergar su última morada.

IGNACIO ADRIÁN LERER

¿LO SABÍA?

LA MUJER PROGRESA: YA NO "BORDA"

La nuestra es una generación de gozadores, que se desentienden de sus deberes; no existe ya la tolerancia, que

hacia fácil y alegre la convivencia. La mujer, que ha debido salir a la calle a completar los ingresos del hogar, ha logrado la equiparación jurídica con el hombre. Su elevación en el plano cultural, económico y político la hace desdeñar las tareas domésticas. Limpiar y fregar, coser y remendar, cocinar e inclusive cuidar de sus hijos, le parecen tareas opacas, cuando no sórdidas, frente a la posibilidad de oír y dar conferencias o conciertos, a la atrayente actividad de los negocios, la dirección de una industria o de un organismo de gobierno, la actuación parlamentaria. Todo está hoy a su alcance. Ha perdido así el sentido de sus responsabilidades y el espíritu de sacrificio, que era uno de sus más nobles atributos, y el que le permitía lograr una paz espiritual plena. La disciplina familiar ha sufrido con ello un rudo quebranto; los divorcios proliferan.

GUILLEMO A. BORDA

Manual de derecho de familia, p. 15.